



SECEP

CATEDRA EXTRAORDINARIA

NARCISO BASSOLS

“EL HAMBRE, PERSPECTIVAS  
SOCIOECONOMICAS”

ERNEST FEDER

HD9000

.5

F43

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



**EL HAMBRE**  
**PERSPECTIVAS SOCIOECONÓMICAS**

**Dr. Octavio Rivero Serrano**  
*Rector*

**Lic. Raúl Béjar Navarro**  
*Secretario General*

**C. P. Rodolfo Coeto Mota**  
*Secretario Administrativo*

**Dr. Luis Aguilar Villanueva**  
*Secretario de Rectoría*

**Lic. Ignacio Carrillo Prieto**  
*Abogado General*

**Lic. Julio Labastida Martín del Campo**  
*Coordinador de Humanidades*

**Dr. Jaime Martuscelli Quintana**  
*Coordinador de la Investigación Científica*

**Lic. Alfonso de María y Campos**  
*Coordinador de Extensión Universitaria*

**Lic. José Luis Ceceña Gámez**  
*Director General del Instituto  
de Investigaciones Económicas*

**Dr. José Manuel Berruecos Villalobos**  
*Secretario Ejecutivo del Consejo  
de Estudios de Posgrado*

**CENTRO UNIVERSITARIO DE PROFESORES  
VISITANTES**

**SECRETARÍA EJECUTIVA DEL CONSEJO  
DE ESTUDIOS DE POSGRADO**

**ERNEST FEDER**

# **EL HAMBRE**

**PERSPECTIVAS SOCIOECONÓMICAS**



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

**MÉXICO 1983**

**CUADERNOS DE CÁTEDRA**

**Primera edición: 1983**

**DR © 1983, Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad Universitaria, 04510 México, D. F.**

**DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES**

**Impreso y hecho en México**

**ISBN 968-58-0421-4**

## PROEMIO

Narciso Bassols, “hombre de cuerpo entero, hombre de convicciones, hombre insobornable, resuelto a defender sus principios valientemente”, como Jesús Silva Herzog nos lo pinta en su introducción a las *Obras* de quien dio nombre a esta cátedra.<sup>1</sup>

Narciso Bassols, quien durante la primera parte de su vida se dedicó a los problemas políticos y sociales de México, para extenderse durante sus últimos años a los mundiales.

El profesor, el abogado, el filósofo, el político y, por sobre todo, el humanista.

Narciso Bassols, quien en 1955 dijera que “nunca me inclinaría a buscar el desarrollo económico de México en el camino de multiplicar veinte o treinta veces el monto actual de las inversiones extranjeras. . . me basta desecher de inmediato la fórmula de la inversión extranjera masiva como instrumento de progreso y bienestar de México. . .”

¿Qué habría dicho si hubiera sido testigo de la reciente nueva invasión de capital y tecnología extranjeras, tanto en México como en otros países subdesarrollados,

<sup>1</sup> Fondo de Cultura Económica, 1964.

y hubiera visto los efectos catastróficos de estos procesos en una gran parte de la población del tercer mundo?

Mi único deseo ha sido poseer su sapiencia y su ojo previsor para lograr plantear estos problemas en su perspectiva apropiada en los párrafos que siguen.

## PRESENTACIÓN

Ernest Feder, nacido en Alemania, doctor en Filosofía de la Universidad de Ginebra y graduado en Economía Agrícola en la Universidad de California, con estudios en la Escuela de Economía de Londres, ha sido profesor de Economía Agrícola en las Universidades de Arizona, Dakota del Sur, Nebraska y California; asesor en Economía Agrícola de la Agencia Internacional de Desarrollo de Bogotá, Colombia, y del Consejo de Planeación del Instituto de Reforma Agraria en dicho país; economista senior en las Naciones Unidas y asesor en Reforma Agraria y Desarrollo Agrícola en Washington (CIDA). Su obra consta aproximadamente de 140 publicaciones relacionadas con el estudio de la Economía Agrícola.

El doctor Feder fue también profesor visitante de los Institutos de Estudios Sociales de La Haya, Holanda y del de Sociología de la Universidad de Berlín.

Actualmente ha sido invitado por el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM para impartir la cátedra extraordinaria "Narciso Bassols".

El texto de este libro ha sido preparado mientras el autor impartía dicha cátedra.

Julio de 1981



## EL HAMBRE

Aunque es demasiado audaz intentar predecir el futuro, hoy me gustaría ver a través de la bola de cristal e intentar sacar a la luz si dentro de los próximos veinte o treinta años será posible hacer desaparecer, o por lo menos reducir, el hambre de los países subdesarrollados; esa hambre que es una de las grandes calamidades que azotan al mundo capitalista. O si, por el contrario, se abatirá con más fuerza todavía sobre la próxima generación, como parece lo más probable.

Pero antes de ver a través de la bola de cristal, debo aclarar algunos puntos generales.

Hoy el hambre, al igual que la desnutrición, está vinculada sobre todo con el sistema capitalista.

Por todos conceptos, los países socialistas proporcionan a sus pobladores suficientes alimentos, lo que nos lleva a una deducción fundamental: la de que el camino para resolver el problema de los alimentos nos es bien conocido y puede ser imitado en cualquier parte del mundo.

El hambre se concentra en los países subdesarrollados que forman parte de la órbita capitalista, por lo que la respuesta a nuestra pregunta inicial debe radicar en la

forma en que el sistema capitalista funciona y en la manera en que ha de cambiar en un futuro previsible.

Existe la tendencia entre determinados sectores, incluyendo las llamadas agencias de asistencia al desarrollo, de confundir el hambre con las catástrofes naturales. Sin duda, las sequías y las inundaciones pueden hacer estragos en la situación alimentaria de algunas comunidades o incluso de regiones más grandes, pero se trata de situaciones temporales. Si la situación climática retorna a la normalidad, el hambre persistirá: se trata de una condición endémica de nuestra parte del mundo, y no de crisis de alimentos. O bien, si es que se hace necesario utilizar la palabra crisis, entonces resulta que la “crisis” de alimentos es permanente, lo cual es tanto más perverso cuanto que el sistema capitalista ha demostrado ser muy eficiente en la producción, el mercadeo y el transporte. Si falta comida en una comunidad o región, no debe haber ningún problema técnico hoy en día para proporcionarle alimentos desde alguna otra localidad. Para decirlo de una buena vez, hoy, en medio de la abundancia, hay hambre.

Evidentemente el hambre es función de la pobreza. Y la pobreza es función del empleo. Donde hay desempleo o empleo con salarios de hambre —fenómenos característicos ambos de nuestra parte del mundo— ahí está el hambre. Así que cuando hablamos de ésta, necesariamente nos vemos obligados a hablar de empleo y pobreza. Son parte de un todo; forman un “paquete”.

Encontramos hambre en las ciudades y —lo que es más absurdo— en el campo.

Finalmente, el hambre se ha extendido por el tercer mundo a gran velocidad.

Lo notable acerca del síndrome desempleo-pobreza-hambre es que todos estamos conscientes de su existencia —aunque (y esto es muy importante) no necesariamente como de un paquete. En unos momentos ampliaré este concepto. Incluso en los círculos financieros e industriales más altos de los países desarrollados y subdesarrollados se discute con toda amplitud el desempleo del tercer mundo, así como su pobreza y su hambre, y a este aspecto quiero centrar mi atención antes de intentar explicar los procesos que actúan para intensificar esta calamidad de la época actual. La pregunta fundamental es:

¿Cómo se enfrenta el sistema capitalista a estos problemas y cómo desea resolverlos?

Desde luego, el sistema capitalista no es del todo monolítico. No a todos los capitalistas los medimos con el mismo rasero. Hay aquellos —por ejemplo algunos poderosos banqueros y financieros norteamericanos, europeos o japoneses— que más bien quisieran no tocar la delicada cuestión de los pobres. Son los dinosaurios, los “momios” (para usar la expresión chilena) en el sistema. Son de la opinión de que la mejor actitud hacia los pobres es dejarlos a su propio destino. Y no hay que tomarlos a la ligera. La historia está llena de ejemplos en los que los defensores más extremos de un sistema social son los que están en primera fila y, cuanto mayor es el peligro de colapso del sistema, cuanto más intensos los ataques contra el sistema, mayores y más extremados son los argumentos y las medidas que adoptan para su defensa.

Después están —así se ven por lo menos desde fuera— los capitalistas de mente abierta, los elementos más progresistas que, a menudo utilizando un lenguaje marxista o paramarxista, ven en el propio síndrome de la pobreza un peligro político para la seguridad del sistema. Aunque no estén interesados en términos humanitarios en el desempleo, la pobreza y el hambre, quieren neutralizar sus efectos. Sí están interesados en el peligro que se cierne sobre la seguridad del sistema, porque les interesa sobremanera la seguridad de sus ganancias. Fundamentalmente, el último grupo no difiere en realidad del primero salvo en el estilo.

Ya que el primer grupo de capitalistas no habla por lo común de los pobres, de inmediato podemos volver nuestra atención a los progresistas. Hoy en día hay una considerable literatura del “establishment” que busca las medidas a tomarse para “asistir” a los pobres. Gran parte de esta literatura proviene, ¡y qué notable!, del Banco Mundial, hoy por hoy la agencia de asistencia al desarrollo dominante, primera voz cantante del capital monopólico, cuyos bien sustentados préstamos para proyectos y sus estrategias de desarrollo han sido desde siempre instrumentos para reforzar el sistema capitalista en todo el mundo y sus empresas transnacionales, y que ha contribuido desde entonces inconmensurablemente al desempleo y la pobreza. Las ideas del Banco Mundial han calado hondo y han tenido amplia resonancia entre las demás agencias de desarrollo y por todas partes, y sus efectos se han sentido directamente en los países subdesarrollados. Podemos sin duda considerar al Banco Mundial como el representante principal del “capitalismo progresista”.

El interés del Banco por los pobres tuvo su principio

en aquella época que gira alrededor de 1973, cuando se hizo claro incluso para el personal del Banco que a pesar de un período de crecimiento económico importante durante la década de los sesentas en todo el mundo capitalista, resultado de inmensas inversiones en el extranjero, la pobreza rural y urbana y el desempleo habían crecido dramáticamente. El Banco propuso entonces "asistir" a los pobres del tercer mundo, lo que realmente es una extraña terminología. Refleja el hecho de que el Banco no desea acabar con la pobreza, sino solamente aliviar la situación de los pobres en una medida limitada pero enteramente indefinida. A este respecto, su propuesta recuerda una de aquellas benevolentes actividades de las ricas ancianas de la Gran Bretaña de mediados del siglo XIX, que trataban de asistir a sus pobres tejiendo calcetas y ropa interior para ellos.

La actitud del Banco Mundial es comprensible. Las inversiones que realizan las corporaciones transnacionales de los países industriales o sus instituciones públicas en los países subdesarrollados eran manejadas en gran medida, y todavía lo son, con el propósito de aprovechar la mano de obra barata disponible en estos últimos. Tal es una de las características de la Nueva División Internacional del Trabajo, o sea la reubicación de la industria, la banca, la agricultura y la minería desde los países ricos hacia los países pobres. Los rasgos principales de este nuevo fenómeno del sistema son, de acuerdo con un excelente estudio que pronto será publicado por Siglo XXI:<sup>2</sup>

- a) La explotación de una fuerza de trabajo barata prácticamente inagotable;

<sup>2</sup>V. Froebel, J. Heinrichs y O. Kreye, *The New International Division of Labour*, Cambridge University Press (Inglaterra), 1979.

- b) La fragmentación de los procesos productivos;
- c) El desarrollo de transporte y comunicaciones baratos;
- d) Una elevada tecnología y movilidad geográfica; a lo que añadiríamos, en relación con la agricultura, la explotación de reservas de recursos naturales todavía prácticamente inagotables.

Estos elementos han contribuido, contribuirán y seguirán contribuyendo en el futuro previsible a asegurar plusganancias a las empresas extrafronterizas, esto es, ganancias que capaciten a los inversionistas a recuperar su capital invertido en uno, dos o tres años. Así que es comprensible la estrategia del Banco Mundial para “asistir” a los pobres sin acabar con la pobreza, pues la pobreza y el desempleo son una fuente de plusganancias. De estas sencillas observaciones se hace evidente que la ayuda que el sistema capitalista está dispuesto a conceder a los pobres se mantendrá dentro de márgenes restringidos.

La asistencia puede darse de diversas maneras; por ejemplo, a través de un seguro contra el desempleo o proporcionando bienes gratuitos, tales como alimentos o ropa. En los países industriales existen hoy ciertas formas de ayuda a los pobres y desempleados, en términos de compensaciones a los desempleados y ciertos programas de distribución de alimentos. Todos estos beneficios son conquistas de las organizaciones laborales. Hasta ahora, han ayudado a aliviar los efectos del desempleo que, conservadoramente, se estima hoy en unos 20 millones de trabajadores para los países de la OCDE.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Para una contribución interesante sobre el problema del desempleo en los países industrializados, véase Juergen Heinrichs, *Entwicklung der*

Puede predecirse fácilmente que los beneficios se reducirán si continúa la crisis económica actual.

Pero ¿es todo esto factible para el tercer mundo? Hice un simple cálculo con miras a que si los 770 millones de pobres del tercer mundo (una de las muchas estimaciones del Banco Mundial) fueran a recibir tan sólo medio dólar (11.30 pesos) *per capita* diarios —digamos en términos de una ración de arroz o de maíz—, este plan, que representa una forma de redistribución del ingreso pagada principalmente por los ricos, requeriría anualmente alrededor de 140 000 millones de dólares, lo que parece una cantidad de dinero que causa vértigo. Hoy el tercer mundo no puede proporcionarla y los países industriales no querrán financiarla. Se trata de un gasto desde luego inaceptable para el sistema capitalista, ya que no tendría un *quid-pro-quo* directo. El sistema siempre busca algo en pago de sus inversiones, y el sistema razona textualmente que “asistir a los pobres” es “invertir en los pobres”.

La cifra no es tan escandalosa si la comparamos, por ejemplo, con los gastos anuales en armamentos o con los fabulosos subsidios que el sistema capitalista derrama sobre los ricos del mundo. Pero, dejando de lado nuestros cálculos, los regalos a los pobres nunca alcanzarán más que proporciones marginales en el mejor de los casos. En Sri Lanka, un programa limitado de distribución gratuita de arroz fue motivo de violentas objeciones

*Arbeitslosigkeit und Arbeitsmarktpolitik in den Industrielaendern, in Starnberger Studien 4, Strukturveraenderungen in der kapitalistischen Weltwirtschaft, Suhrkamp, 1980.*

por parte del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, año tras año, sobre la base de que era “mimar a los pobres” y de que atacaba las finanzas públicas. Finalmente, fue suprimido.

Dejando de lado el concepto capitalista de si se debe iniciar o no un plan de distribución gratuita de bienes, debe preverse que un programa así tendría un efecto desmoralizador sobre los receptores y sobre la sociedad como un todo, particularmente en aquellas economías donde las perspectivas de un empleo mayor son sombrías —quizá aun más desmoralizador que la propia pobreza, que ya lo es mucho de por sí.

No, los capitalistas progresistas sostienen un punto de vista mucho más modesto con respecto a la redistribución, sea del ingreso o de la riqueza. En realidad, el Banco Mundial ha formulado recientemente sus propósitos sobre la redistribución y, en consecuencia, ha ajustado su estrategia de desarrollo frente al tercer mundo, la cual describiré brevemente.<sup>4</sup> Es enteramente un programa mezquino y presumo que representa el pensamiento de este grupo de capitalistas.

La propuesta del Banco Mundial consiste en transferir una porción muy pequeña del incremento del ingreso nacional (y no del ingreso nacional como tal) a los pobres por un período limitado. La porción debe ser muy pequeña porque, de otro modo, y eso es lo que dice el mismo Banco, a los ricos no les gustaría.

<sup>4</sup>H. Chenery *et al.*, *Redistribution with Growth*, 1974. Para una crítica más detallada del concepto del Banco Mundial sobre la redistribución véase E. Feder, *Monopoly Capital and Rural Employment in the Third World*, ponencia presentada en el 69 Congreso Mundial de Economistas, México, agosto de 1980.

La proposición tiene muchos defectos de base. No puede haber una redistribución del ingreso de efecto duradero sin una redistribución de la riqueza —por ejemplo, una verdadera reforma agraria—, punto sobre el cual volveré en unos instantes. En segundo lugar, la proposición está vinculada con un incremento del ingreso nacional. Si no hay crecimiento, nada habrá que redistribuir —precisamente en un momento en el que los pobres necesitan ayuda con toda urgencia, esto es, en un momento de depresión o de estancamiento con inflación. En tercer lugar, es difícil imaginar que bajo las presentes condiciones pueda llevarse a cabo una redistribución, ya que no existen hasta ahora en el tercer mundo mecanismos efectivos de redistribución tanto de la riqueza como del ingreso. De ahí que toda la idea carezca de factibilidad o que, cuando se hace el intento de instrumentarla, actúe en favor de los ricos, como comentaré más adelante. En cuarto lugar, ningún proyecto de redistribución del ingreso tan ultramoderado será efectivo en períodos de inflación —fenómeno permanente del sistema capitalista hoy en día. La inflación siempre actúa en favor de los ricos y habrá de compensar —y mucho más que eso— cualquier proyecto que beneficie a los pobres. En quinto lugar, el Banco Mundial no pide ningún sacrificio tangible a los ricos, sea el que fuere.

Como resultado, la tan cacareada propuesta del Banco Mundial de ningún modo constituye un proyecto de redistribución. Es un fraude. Ha sido planteado con el propósito de crear una buena imagen del Banco y del sistema capitalista. Esta impresión se ve reforzada cuando el Banco habla de la redistribución de los bienes, tal como a través de la reforma agraria. Todos sabemos que la distribución de bienes es más desigual, considerablemente, aun que la distribución del ingreso. Poco tienen

los pobres en cuanto a bienes y no pueden —como los ricos— ahorrar parte de su ingreso cada año. Por el contrario, una gran parte de los pobres están continuamente endeudados. Una verdadera redistribución de bienes debería emprenderse obviamente a expensas de los ricos, de modo que los pobres pudieran usar los suyos para incrementar sus ingresos —de acuerdo con las reglas del juego de la economía capitalista. Pero el Banco Mundial y los capitalistas en general se oponen hasta con los dientes a cualquier transferencia real de riqueza a los pobres, ya que su monopolio sobre la riqueza les permite perpetuar la dependencia de los pobres ante los ricos. No debe sorprender entonces que las ideas del Banco Mundial sobre la redistribución de bienes no merezcan ser tomadas en serio. Su proposición es poner en obra la transferencia de bienes a través de lo que llaman “la inversión pública para los pobres, tal como caminos, irrigación y otras cosas semejantes”, un método mediante el cual, afirma el Banco, los pobres podrán cimentar sus bienes en un lapso de casi medio siglo. Esta es una propuesta totalmente inaceptable desde el punto de vista político. Los pobres no pueden esperar decenios a que mejore su situación. Es más, durante años los Estados han hecho tales “inversiones en los pobres” sin que éstos se beneficien con ello y nunca a expensas de los ricos. Y, por último, hay miles de mecanismos bien conocidos mediante los cuales los ricos pueden absorber rápidamente cualquier ingreso creciente que beneficia a los pobres, dejándolos permanentemente en niveles de pobreza. Tal es la forma en que actúa el sistema capitalista.

En años recientes el Banco Mundial ha intentado aplicar sus conceptos sobre ayuda a los pobres por medio de programas concretos. El plan más conocido y más vocea-

do es su proyecto de asistir a 700 millones de “pobres rurales”. La forma concreta de que esta ayuda llegue a los países subdesarrollados son los llamados proyectos de préstamo para la ayuda al desarrollo. El Banco Mundial, al igual que otras agencias, tiene ahora dos tipos de proyectos de préstamo para el desarrollo: primero, los préstamos de los que se declara que han sido formulados para ayudar a los pobres, y los préstamos formulados para proveer a los ricos. En general los préstamos a los pobres son de dos tipos: los llamados proyectos integrados, o sea préstamos para el desarrollo de regiones o comunidades; y los préstamos cuyos fondos se utilizan para créditos. En ambos casos, tales fondos o bien no benefician a casi ningún pobre o benefician mucho más a los ricos que a los pobres. La razón es muy simple: los fondos están colocados dentro de un marco institucional —y el Banco Mundial insiste siempre en utilizar y reforzar las agencias e instituciones existentes— cuya estructura y orientación se inclina siempre hacia los poderosos. Por ejemplo, si los préstamos son para los llamados proyectos de crédito, las probabilidades son 100: 1 de que los fondos destinados a los pobres acabarán en manos de los ricos —desde luego, con unas pocas excepciones menores—, y si los fondos de desarrollo se canalizan hacia regiones pobladas tanto por ricos como por pobres, ¿qué impedirá que los ricos se apropien de los fondos para su propio beneficio? Las afirmaciones del Banco Mundial respecto de que sus fondos benefician a 50 000, 100 000 o 500 000 pobres de una zona de proyecto son absurdas porque el Banco no tiene manera de verificar los efectos de sus fondos y, con franqueza —como lo muestra la experiencia—, no tiene interés alguno en verificarlo.<sup>5</sup> Su interés se limita a determinar si el

<sup>5</sup> Cheryl Payer ha presentado un excelente análisis de cómo el Banco

financiamiento de un proyecto obtiene frutos en términos de una mayor producción, sin hacer caso de quienes la producen.

El propio hecho de que el Banco Mundial y otras agencias de desarrollo distribuyen sus fondos de préstamo al mismo tiempo a los pobres y a los ricos es un golpe contra los pobres, ya que significa que se refuerza la relación básica de las fuerzas políticas y económicas dentro de las economías subdesarrolladas, y no que sea debilitada, como el Banco Mundial quisiera hacernos creer. Incluso podemos ir más allá. Los préstamos de desarrollo, promovidos entre los países subdesarrollados, han de ser pagados todos a quienes los financian a partir de los fondos públicos, o sea del dinero proveniente de los impuestos, y es un hecho bien conocido que los ricos contribuyen menos al total de los impuestos en proporción a su ingreso y a su riqueza que los grupos de ingresos bajos. Así que hay muchas formas de que los pobres paguen la porción mayor de toda la cuenta del desarrollo financiada por el extranjero.

Lo que he tratado de recalcar hasta ahora es que si los “capitalistas progresistas” hablan de los pobres y de que les están proporcionando ayuda, no se les puede tomar en serio. No es ilógico suponer que los capitalistas quieran ayudar a sus colegas capitalistas de todo el mundo. Pero el margen de tolerancia del sistema capitalista, por lo que respecta a cualquier tipo de redistribución en favor de los pobres del tercer mundo, es prácticamente

Mundial “invierte en los pobres” y contribuye a crear más, y no menos, pobreza en las comunidades rurales. Véase Cheryl Payer, *The World Bank and the Small Farmer*, Rome Declaration Group, c/o Erklarung von Bern, Gartenhofstrasse 27, 8004 Zuerich, Suiza (probablemente 1978).

nulo —excepto que quizá se aumente apenas un poco, temporalmente, con el fin de impedir disturbios políticos, a través de *subsidios a la estabilidad política*— y que el sistema a veces puede ser muy generoso por un corto período y para comunidades específicas, a menos que recurra a medidas militares. Considerando la situación global, tales subsidios vienen a ser bien poco costosos y son ciertamente preferibles desde el punto de vista de la construcción de una buena imagen.

Hay otro fenómeno igualmente significativo que refleja la incapacidad o el poco deseo (o ambos) del sistema por resolver el síndrome del hambre. Aunque debe ser evidente para cualquiera que la pobreza, o sea el hambre, está muy relacionada con el empleo y que, en nuestro sistema, aquel que no obtenga un ingreso o éste sea inadecuado no será capaz de comprar comida o comida en cantidad suficiente, así como las demás cosas necesarias para que él y su familia puedan vivir, tales problemas se tratan *por separado* y no globalmente, como paquete como ya mencioné antes. Como vimos, el Banco Mundial habla, por ejemplo, de la pobreza y para ello presenta al público sus planes de redistribución del ingreso y la riqueza totalmente imaginarios y nada prácticos. Habla de “inversiones públicas en los pobres” y de programas de crédito, pero no se hace mención de la creación de empleos y mucho menos de ocupación plena y de programas y metas de empleo relacionados con sus planes de redistribución. Y todo esto frente a las bien conocidas tasas de desempleo (incluso su equivalente en subempleo) que cubren una amplia gama desde el 15 hasta el 40% de la fuerza de trabajo y frente al empleo real con salarios muy por debajo de las llamadas “tasas

de salario mínimo legal” o frente al empleo real obtenido casi por nada o por nada en las zonas rurales y urbanas, incluyendo el trabajo de mujeres y niños. Para el Banco tales problemas no forman parte de la estrategia de ayuda a los pobres. Todo esto parece inconcebible y ciertamente bordea el absurdo.

Por otro lado, el empleo cae dentro de la zona de intereses de la Organización Internacional del Trabajo (OIT). A pedido de los gobiernos la OIT preparó durante los setentas unos informes importantes y extensos sobre la situación del empleo en un puñado de países (por ejemplo Sri Lanka, Colombia y Filipinas) que se han convertido en obras de referencia obligadas para los estudiosos de la situación de los empleos en el tercer mundo. Habría sido de esperarse que esta agencia hubiera sido capaz de plantear un programa completo de pleno empleo. Pero de nuevo el desengaño cae sobre nosotros ante la superficialidad y la ambigüedad con que esta institución trata el problema, por lo que nunca va más allá de declaraciones piadosas acerca de la catastrófica amplitud del desempleo rural y urbano, basándose a menudo en estadísticas inadecuadas.

Y, para remachar, ahí está la Organización para la Alimentación y la Agricultura de las Naciones Unidas (FAO) que se dedica a problemas de producción y a alentar las inversiones proveídas por las corporaciones transnacionales, y que sólo en ocasiones —por lo común antes y después de su conferencia anual en Roma— hace llamados dramáticos contra el hambre —problema al que se enfrenta de manera marginal— por medio de donaciones de alimentos a muy determinados lugares sin tocar para nada las causas fundamentales del síndrome.

Algo hay fundamentalmente equivocado en un marco institucional que es incapaz de analizar nuestro problema global como paquete y que trata —tanto “teórica” como operacionalmente— con sus partes constitutivas de una manera desordenada, pues no se relaciona al hambre con la pobreza ni a ésta con el desempleo, o al revés. La falla no radica tanto en las agencias, no, puesto que sus funciones están bien definidas y limitadas a objetivos específicos. La falla radica en el sistema que atomiza la organización institucional y así procura que el síndrome básico de desempleo-pobreza-hambre *no pueda* resolverse y se le dé relativamente poca importancia a cada componente del síndrome en paquete. La verdadera razón de esta situación trágica y paradójica —como dijimos antes— es la absoluta necesidad que tiene el capital monopólico de asegurarse un acceso infalible a la mano de obra barata y más que barata; y la competencia entre los diversos sectores del capital monopólico, obliga a las grandes empresas transnacionales a empujar continuamente hacia abajo el precio de la mano de obra como asunto de supervivencia, de expansión y de maximización de las ganancias y del poder político. Nos vemos entonces obligados a concluir que, desde el punto de vista del capital monopólico, el desempleo, la pobreza y el hambre siguen siendo un requisito previo necesario para las ganancias —o sea la supervivencia del propio sistema— y que su solución debe seguir siendo un problema marginal, excepto cuando se ve comprometida la estabilidad política. Resolver el síndrome “desempleo-pobreza-hambre” implica la ruina del sistema capitalista.

Muchos de los cambios importantes del sistema capitalista mundial, si se les permite seguir la dirección actual, contribuirán a agrandar al máximo la precariedad de la situación alimentaria. Llegado a este punto, debo

hablar específica y brevemente acerca de la situación y el panorama actuales de la agricultura del tercer mundo dentro de la órbita capitalista, limitándome a tres problemas: el de la oferta de alimentos, el de la demanda y la nueva función de la agricultura y la alimentación en el sistema capitalista.

Debemos tener en mente dos hechos básicos, aunque son obvios. El primero es que el hambre no afecta a los grupos de altos ingresos. Si algún problema tienen en cuanto a los alimentos, se trata de sobrealimentación y de despilfarro. (De manera incidental, en una economía en la que la pobreza y el hambre son rampantes, el alimento desperdiciado por los ricos no siempre se pierde del todo. En realidad, da origen a uno de los espectáculos más envilecedores y degradantes de nuestra sociedad: los millones de seres humanos que en las ciudades viven literalmente de la basura del sistema capitalista.) Son los pobres del campo, el proletariado urbano y los marginados de las ciudades y de las zonas rurales quienes padecen el problema del hambre. Para ellos, el problema del hambre no tanto tiene que ver con la calidad de la comida sino con la cantidad. Aunque no deseo minimizar la importancia de la dieta proteínica y de otros elementos que aseguran la salud del hombre, el proletariado sufre en primera instancia de una oferta inadecuada de granos alimenticios y otros productos básicos baratos, algunos de los cuales incluso pueden tener un valor nutritivo relativamente alto. (De ahí que el hambre y la desnutrición sean a menudo uno y el mismo problema.) Incluso los pobres no alcanzan suficientes alimentos feculosos como para llenar sus estómagos, ya que no hay suficientes para ellos y a precios que puedan pagar. De ahí que debemos prestar la mayor

atención a la oferta de alimentos básicos como mercancías principales que afectan a la situación general alimenticia en cuanto al proletariado.<sup>6</sup>

En cuanto a la *oferta* de alimentos básicos en el tercer mundo se refiere, observamos varias tendencias que a mi juicio son adversas para la garantía de cantidades adecuadas hoy y en el futuro previsible. Para decirlo más gráficamente: la oferta de alimentos básicos está bajo un grave peligro. (Para ser preciso: no hablo exclusivamente del problema de la distribución.) Esto ocurre a pesar de, o mejor dicho, precisamente debido a la llamada revolución verde, programa capitalista por excelencia, cuya meta era salvar al mundo del hambre y del comunismo, como alegan los apóstoles de la revolución verde. Con el fin de comprender este fenómeno aparentemente paradójico es necesario hacerse a la idea de que las agriculturas del tercer mundo han experimentado, están experimentando y con toda probabilidad seguirán experimentando cambios fundamentales como resultado de la penetración del capital monopólico desde sus países industriales y hacia las agriculturas subdesarrolladas. Esta penetración ocurre en forma de inversiones masivas de capital y de transferencias de tecnología, *en todos los niveles*, o sea en la agricultura (en el nivel de la producción), en el procesado, el mercadeo (incluyendo exportaciones e importaciones), en todos los sectores relacionados con los insumos y en todos los servicios conectados con todos los sectores anteriores. A este respecto, quisiera puntualizar que la discusión interminable que

<sup>6</sup> Ver en ese contexto la interesante discusión de Ingrid Palmer, *La alimentación y la nueva tecnología agrícola*, Sep-Setentas 253, México, 1976, pp. 101 y ss. En este capítulo Palmer describe al impacto potencialmente adverso de la revolución verde sobre la situación nutricional.

oímos y leemos por todo el mundo acerca de las agroindustrias y las corporaciones transnacionales de la alimentación y los insumos, permite tener un panorama distorsionado en cierto modo de todo el problema de la situación alimentaria. No es que quiera con ello minimizar la importancia de las empresas agroindustriales —por el contrario—, pienso que actúan sumamente en detrimento de la situación alimentaria bajo las actuales condiciones. Pero tratar casi por separado las transnacionales del procesamiento de alimentos, de la distribución mundial o del sector de insumos agrícolas no refleja, a mi juicio, el hecho fundamental de que *el capitalismo monopólico encara hoy en día a la agricultura de una forma totalmente nueva*, y en la que la acción de estas transnacionales conforma un aspecto decisivo pero sólo parcial. Lo novedoso consiste en que la agricultura se ve absorbida, o más bien está cada vez más integrada con el capital monopólico de la industria, la banca o las finanzas<sup>7</sup> lo que implica que las decisiones respecto a lo que se debe producir (dónde y cómo) y respecto a la comercialización del producto agrícola se toman en escala cada vez mayor, no por los mismos productores al nivel de las fincas —con el propósito de satisfacer las necesidades del consumo local y de los mercados mundiales— sino por un pequeño conglomerado de empresarios en el procesamiento, el comercio, la banca y las agencias de asistencia al desarrollo y otros más, todos los cuales cooperan estrechamente con el propósito de maximizar sus utilidades que se derivan de sus inversiones agrícolas en todos los niveles. También implica un control cada vez más absoluto sobre el sector agrícola por parte del conglomerado. A su vez, esto tiene impli-

<sup>7</sup>Véase en el mismo sentido la reciente serie de artículos de Raúl Olmedo en *Excelsior* (México), octubre de 1980 (sección financiera).

caciones de alta importancia. Por ejemplo: no es mediante el control de la conducta y las actividades de las transnacionales (digamos que a través de cierto "código moral" lo que, para decirlo suavemente, es un planteo ridículo, ya que ¿estamos para regular la eficiencia de las firmas? ) o mediante la limitación de su esfera de acción (lo que es prácticamente imposible) que pueden resolverse los problemas que se originan por las actividades de las transnacionales, sino sólo mediante la modificación política, económica y social de nuestra sociedad. Para plantearlo lo más gráficamente posible: hablar de las corporaciones transnacionales —el capital monopólico en la agricultura— es hablar del sistema capitalista como un todo.

Las inversiones de capital y las transferencias de tecnología extranjeras traen consigo cambios fundamentales en la estructura productiva de la agricultura del tercer mundo. Al depender de los países industriales, el tercer mundo posee poco poder de negociación para resistirse a estos cambios forzados. En primer lugar es notable observar que hoy, en grado creciente, la pauta de uso de los recursos agrícolas —la estructura de producción— se orienta hacia la satisfacción de la demanda de los grupos de altos ingresos y de los países más ricos, sobre todo la demanda tanto de alimentos como de productos no alimenticios que proviene de los países industriales capitalistas.<sup>8</sup>

Esto introduce un conjunto perverso de prioridades en el uso de estos recursos agrícolas mismos y con ello en el uso de otros recursos empleados en la explotación

<sup>8</sup>Un aspecto de este proceso es la desaparición de la agricultura de subsistencia.

de los primeros (por ejemplo, crédito o fuerza de trabajo). La prioridad más alta no va dirigida a la producción de alimentos básicos, sino a la de cultivos de alto valor y de exportación, que en muchos casos se confunden. Existe una presión constante, sistemática y masiva tanto a través de las inversiones de capital extranjero como a través del uso de la tecnología moderna para que los suelos más fértiles, sean o no de riego, así como aquellos con mejor ubicación, cambien hacia cultivos que no son de alimentos básicos, hacia aquellos destinados al consumo de los grupos de ingresos más elevados sean o no del país, o para fines industriales. La razón, obviamente, es que los rendimientos monetarios que provienen de los cultivos de alto valor o para exportación, tanto para los productores como para los procesadores o comerciantes, son siempre mayores. Y las ganancias tienen una mayor prioridad para los inversionistas que la alimentación de las masas. De ahí que las inversiones de capital y las transferencias de tecnología en estos sectores de cultivo tengan una relación geométrica con aquellas del sector de los alimentos básicos, y por lo común reciben poca publicidad. Ahora bien, la revolución verde, iniciada hace sólo algunos años como un programa de autosuficiencia y acompañada por una enorme campaña publicitaria mundial, sí está dirigida hacia los alimentos básicos: maíz, trigo y arroz principalmente. Pero el problema fue presentado bajo motivos falsos. No contempló el bienestar alimentario de las masas, sino el bienestar de los grandes productores comerciales de estos cultivos y el del capital monopólico. Tratándose de un programa de modernización, o sea un programa que implica fuertes transferencias de tecnología desde los países industriales a los subdesarrollados, el capital monopólico extrae grandes ganancias de la venta de los insumos necesarios para incrementar la producción y los rendi-

mientos de los alimentos básicos y, al mismo tiempo, respalda la monopolización de la tierra —una estructura latifundiaria moderna— en el tercer mundo. Aquí, el concepto subyacente es que los beneficios comerciales por el uso de la nueva tecnología —variedades de semillas de alto rendimiento, fertilizantes, plaguicidas, tractores y demás equipo— irán escurriendo hacia los productores y consumidores pobres: teoría que desde hace tiempo ha sido popular dentro del pensamiento capitalista.

Por lo tanto, ahí actúa un proceso muy paradójico: por un lado, un impulso hacia la producción de alimentos básicos que recibe mucha publicidad y, por el otro, el empuje masivo con altas inversiones pero sin nada de publicidad hacia los cultivos de alto valor y de exportación. La consecuencia inevitable de esta estrategia es la competencia implacable sobre los recursos agrícolas y otros relacionados, incluyendo desde luego la propia tierra.<sup>9</sup> Como resultado de esta competencia, que evidentemente no conoce limitaciones territoriales, los recursos dedicados a la producción de alimentos básicos han de verse afectados y lo son de inmediato. La experiencia nos muestra —y tal es la lógica interna de las estrategias que compiten entre sí— que incluso un sector de alimentos básicos modernizado no puede resistir la arremetida del capital monopólico transnacional en su busca de las mayores ganancias posibles y del control monopólico sobre la tierra, el agua y otros recursos semejantes. Con el aumento de los precios de la tierra, la presión hacia el uso de la tierra y el agua en cultivos cuyo valor es elevado en relación con los alimentos básicos se ve compelida a aumentar incluso, o quizá particu-

<sup>9</sup>Véase para México: Cynthia H. Alcántara, *La modernización de la agricultura mexicana*, Siglo XXI, 1978.

larmente, cuando el propio capital monopólico se compromete e interesa en la producción y distribución de alimentos básicos, ya que el compromiso y el interés son función a su vez de las ganancias relativas derivadas de los diversos tipos de mercancías producidas, o bien (lo que no es menos importante) una función del control político y la influencia que el capital transnacional puede derivar de cualquiera de ellos, a través del control sobre los productos. *De ahí que la contradicción consista en que la modernización del sector de alimentos básicos con su meta prometida que ha de proporcionar autosuficiencia de alimentos está dotada con toda probabilidad de un alto grado de inestabilidad, y la autosuficiencia habrá de ser de corta duración. De hecho, podemos presumir que cuanto mayor sea la penetración del capital y la tecnología extranjeras en el sector de alimentos básicos, mayor será su inestabilidad y más corta la autosuficiencia.* Este es uno de los muchos casos en los que el sistema capitalista desea portarse bien, por lo menos en apariencia, pero sólo logra dañar desde el punto de vista de las masas.

De ahí que, a menos que un país sea capaz de controlar el uso de sus recursos, así como la distribución de los productos agrícolas —y no es éste el caso en la gran mayoría de los países del tercer mundo— su capacidad para resguardar las necesidades alimentarias de su población será extremadamente reducida, para usar términos moderados. Por ejemplo, no puede impedir que los grandes cultivadores comerciales, en cooperación con los procesadores y comerciantes, cambien de la producción de trigo y maíz a la producción de sorgo como alimento de pollos o de ganado vacuno, o para su exportación a otros países como alimento para ganado, obligando a los gobiernos a importar los alimentos básicos que falten.

Dentro del mismo contexto, en años recientes, dos nuevas amenazas se han cernido sobre los suministros de alimentos básicos del tercer mundo, amenazas realmente serias y que están llamadas a ser quizá de mayores proporciones que otras anteriores. Nótese que éstas están fuertemente relacionadas con el funcionamiento —mejor dicho: el mal funcionamiento— del llamado sistema del mercado. Una de ellas es la expansión de la producción ganadera durante los últimos diez o doce años. La otra, el uso más reciente de productos agrícolas como combustible.

La expansión de la producción ganadera, sobre todo vacuna, tiene lugar en todos los continentes, pero principalmente en América Latina y África. Está apoyada por inversiones de capital realmente enormes, lo que implica que una parte importante de los pastos utilizados para el ganado son tierras fértiles que están excluidas de la producción de cultivos y, más específicamente, de la producción de alimentos básicos. Puesto que, en el tercer mundo, la producción ganadera monopoliza enormes extensiones de tierra —incluyendo tierras desforestadas recientemente e integradas a la agricultura—, puede apreciarse fácilmente el efecto adverso de este proceso sobre la oferta de alimentos. Digámoslo más gráficamente: las enormes y crecientes zonas dedicadas a los pastos para el ganado están efectivamente cerradas a la producción alimentaria, lo cual ejerce una presión creciente sobre el sector existente que produce alimentos básicos para mantenerse a la par con el crecimiento de la población; sobre todo si consideramos que este propio sector de cultivos se ve amenazado desde otros lados.

Existe otro problema muy relacionado: el del creciente uso de granos y otros productos para la alimentación

animal que podrían —y deberían— utilizarse para el consumo humano. Con la expansión de la producción vacuna y de otros ganados, las poderosas camarillas del ganado y la carne de los países industriales ejercen tremendas presiones con el fin de que más y más recursos se dediquen al sector ganadero, ya sea utilizando los cultivos como alimentos para el ganado local o exportándolos a otros países productores de ganado. Un ejemplo sería las Filipinas, uno de los países más pobres de Asia, cuyo gobierno alienta ahora un amplio programa de producción forrajera de la que una parte se envía al Japón. Al mismo tiempo, el gobierno filipino, al unísono con el Asian Development Bank y la IRRI, estación de investigación internacional de dudosa reputación, pretende que no hay más tierras disponibles para incrementar la producción de arroz. Este argumento tantas veces repetido —a menudo lo oímos particularmente en Asia— de que hay mucha escasez de tierra para la producción de alimentos básicos es totalmente falso. La verdad es —aun a riesgo de repetir los mismos argumentos una y otra vez— que no hay tal escasez de tierra, sino que la mejor tierra viene siendo utilizada progresivamente para cultivos no básicos y para el ganado y *que se usurpa la tierra utilizada en alimentos básicos. La verdad es que la misma modernización del sector de alimentos básicos, como la revolución verde del arroz en Asia, por ejemplo, establece los fundamentos para la ampliación del sector ganadero a expensas de los suministros de alimentos para las masas.*

Un proceso igualmente o más perverso es el impulso mundial por convertir los productos agrícolas en combustible para automóviles, camiones y otro equipo motorizado. Esto representa de nuevo una amenaza directa a las masas del tercer mundo, sobre todo porque

la mayor carga de la producción de cultivos para combustible pesa hoy en día sobre los países subdesarrollados. Los productos mismos que están siendo convertidos en combustible son los productos alimentarios básicos y la caña de azúcar. No creo que sea irreal predecir que ésta demostrará ser quizá la más seria amenaza contra la situación alimentaria y que dicha amenaza habrá de crecer en relación directa con los problemas planteados por el capital monopolista del petróleo.

Finalmente, no podemos dejar de lado otro aspecto fatal de la operación del capital extranjero en las agriculturas subdesarrolladas: el despilfarro masivo de recursos agrícolas. El sistema capitalista es inherentemente un sistema de despilfarro. En el tercer mundo es extremadamente despilfarrador.

En los países industriales se han impuesto ciertas limitaciones a las actividades de las empresas capitalistas para preservar los recursos nacionales en su conjunto y para preservar la base capital de las empresas individuales, en pro del bienestar común y del bienestar de la empresa privada. Desde luego, con estas limitaciones no se cumple siempre. Pero en el tercer mundo los inversionistas extranjeros no son responsables ante nadie por su manera de explotar los recursos humanos y naturales locales. Esto les permite usar y abusar de estos recursos inclementemente y no hay otra razón más que la de que para los capitalistas extranjeros no existe escasez alguna. Los economistas y políticos del "establishment" tratan de explicar que el crecimiento de la población es el responsable por la proximidad de los "límites del crecimiento" en el mundo, pero esto es falso. El sistema capitalista es el que desperdicia los recursos del tercer mundo a una velocidad que nunca se había visto con el

fin de extraer plusganancias en tiempo récord, “mientras haya de dónde” —ahorrándoles a los países industriales sus propios recursos para un uso futuro.

Vistos desde este ángulo, los procesos no auguran nada bueno en cuanto a la situación de la nutrición de las masas ni tampoco, en el largo plazo, en cuanto al destino de los países del tercer mundo en conjunto, ya que su dependencia respecto de los países ricos en cuanto al suministro de alimentos habrá de crecer a pasos agigantados.

Hasta aquí el suministro de alimentos básicos. No estamos en posición de ser más optimistas con respecto a la *demanda* futura de alimentos —utilizando aquí el término en el sentido de la economía conservadora como “demanda efectiva”, o sea la demanda de alimentos apoyada por el poder de compra— la única demanda reconocida como legítima dentro del sistema capitalista.

Ya que el hambre y la pobreza son función del empleo, y ya que los desempleados y los subempleados carecen de poder de compra o es inadecuado el que puedan tener, ¿cuáles son las perspectivas de más empleo en el tercer mundo, esto es, de incrementos en el empleo que sean lo suficientemente importantes como para acabar tanto con el subempleo como con el desempleo o, como mínimo, para reducirlos de manera significativa? ¿En qué situación está el tercer mundo con respecto al pleno empleo?

De acuerdo con el Banco Mundial, el futuro se ve color de rosa. Hace muy poco<sup>10</sup> el Banco Mundial

<sup>10</sup> World Bank, *World Development Report 1978* Washington, 1978.

estimó que había 700 millones de “absolutamente pobres” en los países del tercer mundo miembros del Banco Mundial y predijo que en el año 2000 esta cantidad disminuiría a 600 o 260 millones respectivamente, dependiendo de la tasa de crecimiento del PNB —cifras en las que el menor número de pobres refleja la tasa de crecimiento del PNB mayor. El Banco Mundial arguye a este respecto que el sistema capitalista posee cierto mecanismo integrante para mejorar la distribución de la riqueza y del ingreso con el tiempo y con ello resolver el problema de la pobreza.

Es difícil ver cómo puede convencer el Banco a nadie que tenga estudios superiores al kindergarten de la precisión de su pronóstico y de su teoría. Su argumento tiene más hoyos que un queso suizo. En primer lugar, el Banco Mundial se contradice cuando sostiene que tasas de crecimiento más elevadas reducen la pobreza más que tasas de crecimiento menores. Lo opuesto es lo cierto. Digámoslo más gráficamente: cuanto mayor sea la penetración capitalista en los países del tercer mundo, más rápido será el crecimiento de la pobreza, de lo que la reciente historia de los años sesenta es evidencia suficiente. Incluso el propio McNamara dijo en 1973 que las rápidas tasas de crecimiento de los años sesenta causaron más pobreza, y como reconocimiento de su observación lanzó sus diversos programas para los pobres rurales y urbanos.

La predicción de una menor pobreza también es falsa en relación con el marco completo de la operación del sistema capitalista mundial porque, dejando de lado las mayores o menores tasas de crecimiento del PNB, el desempleo y el subempleo crecen, la inflación aumenta en espiral y la economía mundial es un caos. Por lo.

tanto, estamos sobre suelo más firme si predecimos una mayor pobreza —ya sean las tasas de crecimiento más altas o más bajas.

Lo que hace que la tesis del Banco Mundial sea inaceptable se refiere también a que sus predicciones no toman en cuenta el empleo. Sólo hay una manera de reducir la pobreza y el hambre: proporcionar un programa de pleno empleo, y esto es precisamente lo que el Banco Mundial no hace —ni puede hacer—, dado que la principal fuente de plusganancias del capital monopólico es la mano de obra barata y superbarata, esto es salarios bajos y superbajos que padezcan siempre presiones hacia abajo debido al subempleo y al desempleo, así como también al empleo proporcionado casi en forma gratuita por mujeres y niños.

Tampoco es de presumirse que el sistema capitalista tenga un mecanismo integrado con el fin de redistribuir el ingreso y la riqueza a los pobres en el largo plazo. Ocurre todo lo contrario. Las tendencias que observamos —y que son inherentes al sistema— son las de mayores concentraciones del ingreso y la riqueza en manos de cada vez menos gente, y que ahora se aceleran a velocidades nunca vistas antes. Si fueran a crecer el ingreso y la riqueza de los pobres, los capitalistas poseen —como dijimos arriba— innumerables métodos a su disposición para succionar el beneficio creciente de los pobres. Por ejemplo, el bien conocido sociólogo Andrew Pearse describe en su análisis de los efectos de la revolución verde en la India<sup>11</sup> cómo los terratenientes privan a sus arrendatarios de los mayores ingresos derivados de la

<sup>11</sup> A. Pearse, *Seeds of Plenty, Seeds of Want, Social and Economic Implications of the Green Revolution*, UNRISD, Ginebra, 1980. La cita es de la p. 126.

tecnología mejorada proporcionada por la revolución verde en cinco formas distintas, de las que sólo citaré una:

*Ganancias provenientes de la nueva tecnología expropiadas por los terratenientes. . .* Así, a medida que el potencial de producción aumenta, las rentas son revisadas para aumentarlas, y el mercado de arrendamientos no asegura automáticamente el flujo de beneficios de la tecnología al arrendatario. La toma de decisiones recae cada vez más en el terrateniente. . . El arrendatario se confunde con un simple peón permanente del campo. . .<sup>12</sup>

De ahí que de nuevo pareceríamos estar sobre suelo más firme si argüimos que el sistema capitalista tiene un mecanismo integrado para redistribuir el ingreso y la riqueza en favor de los ricos, y no de los pobres.

Cuando observamos el empleo rural y urbano real, un hecho destaca: el de que a pesar de las grandes tasas de desempleo en la mayoría de los países subdesarrollados ningún gobierno parece tener un programa concreto, efectivo e inmediato de pleno empleo, ni siquiera en el papel. La creación de empleos sigue siendo en gran parte función de las decisiones de los inversionistas privados, y sólo a veces los gobiernos dan algún paso para proporcionar algunos empleos adicionales en empresas de propiedad pública o a través de las llamadas obras públicas.

<sup>12</sup> Este fenómeno es igualmente familiar para los observadores del panorama rural en América Latina y existía aun antes de la revolución verde. Por ejemplo, los propietarios cargan a sus arrendatarios con una renta mayor si la cosecha es buena. Véase por ejemplo CIDA, *Land Tenure Conditions and Socio-Economic Development of the Agricultural Sector in Brazil*, 1966, especialmente pp. 416 y ss.

En su informe antes mencionado <sup>13</sup> el Banco Mundial hace una breve referencia a las obras públicas como fuente de empleo con respecto a Asia:

“Programas de obras públicas creadoras de empleos han sido usados con frecuencia en el Asia de bajos ingresos, pero en su mayor parte la experiencia no ha sido alentadora. . . El problema básico fue que habían sido planificados e instrumentados en forma aislada, por lo común como alivio a desastres. . . y eran vulnerables a las presiones de las élites locales. . . quienes alteraban los programas para servir a sus propios intereses.

Pero las obras públicas no sólo son alteradas “para servir a los intereses de las élites locales” —y ciertamente no sólo en Asia—. Este no es de ninguna manera el problema básico. Por lo común se las planifica con la *intención* de servir a los intereses de los grupos de ingresos más elevados más que a los de los pobres y, lo que aún va más al punto, en la mayoría de los casos se los limita en magnitud y en duración. Están más dentro de la naturaleza de “acción de apagafuegos” y no pueden hacer mella en el panorama del desempleo y del subempleo. Simplemente las obras públicas, por lo general, no son programas de empleo. Además la mayoría de los países subdesarrollados carecen de los recursos financieros para financiar obras públicas en una escala suficientemente grande, como para reducir significativamente el desempleo y hacer que tome la característica de un programa de empleos. No es sorprendente, por lo tanto, que *algunas de las principales agencias de asistencia al desarrollo, tales como la OIT o el Asian Development Bank (ADB) mismas predigan por ejemplo que el empleo rural no va a mejorar en un futuro previsible y más bien tenderá a*

<sup>13</sup> *World Development Report 1978*, op. cit. La cita es de la p. 45.

*deteriorarse*<sup>14</sup> —conclusión extraña proviniendo de agencias cuya meta explícita es el “desarrollo”.

En la mayoría de los países ni el empleo rural ni el urbano van a la par con el crecimiento de la fuerza de trabajo. En la agricultura, que ha sido fuente principal del desempleo y el subempleo totales, la posibilidad de que se creen nuevas oportunidades de empleo en un futuro cercano en cierta tasa significativa es muy incierta bajo las condiciones actuales. Nuevos empleos rurales podrían ser creados de dos maneras distintas: mediante la intensificación del uso de la tierra, o haciendo cultivables nuevas zonas vírgenes. Sin embargo, en la actualidad, la intensificación de los usos de la tierra parecería más bien provenir de equipo ahorrador de mano de obra y las zonas vírgenes se dedicarían a la cría de ganado o a sistemas de cultivo intensivos de capital. La verdad es que en los países subdesarrollados zonas enormes tanto de cultivo como de pastos están cerradas a la mano de obra rural. Igualmente pertinente es el hecho de que los sistemas de producción agrícola de mano de obra intensiva se van gradualmente convirtiendo en sistemas intensivos de capital, lo que da como resultado el desahucio gradual de la fuerza de trabajo rural ahí empleada. No hay otra forma de explicar la migración masiva y creciente del campo a la ciudad. En suma, es de esperarse que la fuerza de trabajo rural encuentre cada vez menos empleo en la agricultura en un futuro previsible,

<sup>14</sup>Véase, por ejemplo, ADB, *Rural Asia, Challenge and Opportunities*, 1977, especialmente pp. 184 y ss., sobre las perspectivas de empleo rural. Lo divertido es que la predicción del ADB está en contradicción con la predicción del Banco Mundial en el sentido de una reducción de la pobreza rural y urbana. Pero no ha de sorprendernos esto si consideramos que la pobreza y el desempleo no son parte del mismo problema según las ideas de los bancos.

y que cuanto mayor sea la penetración del capital y la tecnología extranjeros, mayor será el éxodo del campo.

Al empleo urbano no le irá mejor. La experiencia del pasado muestra que la industrialización proporciona pocas nuevas oportunidades de empleo en relación con la fuerza de trabajo o en relación con el desempleo. Algunos gobiernos esperan proporcionar cierta cantidad de nuevos empleos en las zonas de producción industrial libres (por ejemplo, a través de las maquiladoras en México), pero el panorama de empleo en estas "industrias" es lúgubre: grandes reemplazos rápidos (*turn-over*) de mano de obra que provocan un mercado de trabajo muy inestable, salarios muy bajos y oscilaciones sustanciosas de la demanda de mano de obra, para mencionar sólo unas cuantas características.<sup>15</sup> La tendencia más reciente en los países subdesarrollados, para algunas industrias, es el cambio hacia un esquema de industria casera —esquema que era muy popular en el siglo XIX. Ante la situación actual de la tecnología esto puede volverse muy provechoso para los inversionistas extranjeros, y dará una explotación más elevada aun de la mano de obra local, debido a que permite que los inversionistas bajen los salarios más aún y a que ahorren en los costos de construcción de plantas así como en los dolores de cabeza causados por la necesidad de "manejar la mano de obra".<sup>16</sup> Pero esto sería nada más que una de las varias estrategias que ahora operan visiblemente en toda la órbita capitalista —tal como la inflación o la

<sup>15</sup> Para un análisis detallado, véase por ejemplo Froebel, Heinrichs y Kreye, *op. cit.*

<sup>16</sup> Véase por ejemplo Folker Froebel, "Zur gegenwaertigen Entwicklung der Weltwirtschaft", in *Starnberger Studien* 4, *op. cit.*, particularmente p. 30.

represión de los sindicatos— con el objetivo de hacer presión hacia abajo sobre los salarios urbanos (y por supuesto los salarios rurales), *tanto en términos absolutos como en términos reales*, todo lo cual resulta en reducir el poder de compra de los grupos de ingresos bajos.

El aspecto más siniestro de estas tendencias y procesos —todos los cuales llevarán a un hambre y una pobreza mayores— es que *una mayor pobreza está obligatoriamente relacionada de manera inversa con la oferta de alimentos básicos*: ya ahora, con el bajo poder de compra existente de las masas, los incentivos económicos para producir alimentos básicos son más bien poco importantes. A medida que aumenta la pobreza, en una situación en la que nos sentimos justificados a hablar de “pobreza en medio de la abundancia”, el conjunto perverso de prioridades de acuerdo con las cuales, como mencionamos antes, el llamado más intenso del sistema a los recursos agrícolas tiene como fin la producción de mercancías de alto valor y de exportación para los grupos de elevados ingresos, se volverá aún más perverso. En este sentido, la pobreza no puede más que criar más pobreza y el hambre más hambre.

23 de octubre de 1980



## ÍNDICE

<b>Proemio</b>	<b>5</b>
<b>Presentación</b>	<b>7</b>
<b>El hambre</b>	<b>9</b>



***El hambre. Perspectivas socioeconómicas*, se terminó de imprimir en la Imprenta Universitaria el día 21 de octubre de 1983. Su composición se hizo en Baskerville de 11:12, 9:10 y 8:9 en la MT72 Composer. La edición consta de 2 000 ejemplares.**



SECEP

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Octavio Rivero Serrano  
Rector

Lic. Raúl Béjar Navarro  
Secretario General

C.P. Rodolfo Coeto Mota  
Secretario Administrativo

Dr. Luis Aguilar Villanueva  
Secretario de Rectoría

Lic. Cuauhtémoc López Sánchez  
Abogado General

Lic. Julio Labastida Martín del Campo  
Coordinador de Humanidades

Dr. Jaime Martuscelli Quintana  
Coordinador de la Investigación Científica

Lic. Alfonso de María y Campos  
Coordinador de Extensión Universitaria

Lic. José Luis Ceceña Gámez  
Director del Instituto de Investigaciones Económicas

Dr. José Manuel Berruecos V.  
Secretario Ejecutivo del Consejo de Estudios de Posgrado